

De repente, un cazador se puso en pié, levantó el vaso, y gritó:

—¡A la salud de los novios!

—¡A la salud de los novios! contestaron todos en coro, y levantándose en pié, comenzaron á chocar los vasos, estirándose cuanto podían sobre la mesa, alargando los brazos en todas direcciones, llamándose, buscándose, con inexplicable bullicio. Entre todas aquellas tostadas y robustas manos de los soldados y campesinos, agitábanse también las manos blancas y pequeñas de Luisa. Decíanle los soldados:—¡Viva la novia!...—y ella contestaba con voz conmovida:— ¡Gracias, gracias!

Volvieron á sentarse todos; levantóse el coronel. Un airecillo inquieto esparcía y agitaba sus largos cabellos blancos, y con aquella cabellera, con el leviton que se había puesto, abrochado hasta la barba y largo hasta los piés, parecía una de aquellas severas figuras de santo, que se ven pintadas en la bóveda de las iglesias. Estaba hermoso y venerable; todos guardaron silencio.

—Oid, dijo con afable sonrisa y con voz dulce y lenta; vosotros, soldados, habeis bebido á la salud de los novios; los amigos y los parientes han hecho todos ellos algun regalo al novio ó á la novia; solamente de mí no han recibido nada todavía, y eso no está bien. También quiero hacer mi regalo. Volvéos hácia allá, y extendió la mano hácia los campos; todos se volvieron hácia aquella parte.

—¿Habeis visto aquellas banderas, no es verdad?
—Un largo trayecto de los linderos de la posesion estaba sañalado con una fila de banderitas; á la otra parte de aquel lindero comenzaban las tierras del Real Patrimonio.

—No lo habíamos visto aún, contestaron todos.

—Pues bien, todo el terreno, desde aquí hasta aquellas banderas...

Luisa se apoyó en el brazo de César.

—No es ya mio: es de César y de Luisa.

Todos los comensales prurumpieron en un grito de entusiasmo. Luisa y César quedaron sin palabra con los ojos llenos de lágrimas, y fijos en el coronel.

—Y ahora, bebamos todos á vuestra salud, mis buenos soldados; os aseguro que en toda mi vida he hecho un bríndis tan de corazón como este. Tenía ya necesidad de encontrarme entre vosotros: ¡he estado entre vosotros tanto tiempo!; he pasado así mi juventud, así me he hecho viejo! Las pocas satisfacciones que he tenido en esta vida, las he tenido por vosotros, he visto entrar á tantos de recluta en el regimiento; he visto marchar á tantos, licenciados ya; he tenido tantos amigos, tantos que han hecho la guerra conmigo... me acuerdo de todos, los conocería á todos. No los veré más; pero pensaré siempre en ellos, como en personas de mi casa. Y cuando tenian que dejar el servicio, yo los reunía siempre, como hago ahora con vosotros, y los despedía, y al verlos partir, sentía una tristeza como si partiesen mis hijos. Mis soldados lo

eran todo para mí: compañeros, amigos, familia. ¡Qué días tan felices hemos pasado juntos! ¡qué cam-pamentos tan hermosos! ¡qué vida tan alegre! ¡Oh! Pero ahora que os conozco, ya no os perderé de vista, sabedlo; no, no: de tiempo en tiempo quiero que vengais aquí, todos juntos, en familia, para que hablemos un poco, como cuando estábamos en el cuartel, é iré yo también á meterme en vuestras cosas domésticas. Cuando alguno trate de casarse, yo lo querré saber y le explicaré cómo debe dirigir á los hijos, le daré buenos consejos, y le diré: haced que crezcan con noble corazón de soldado, con corazón honrado y valiente, para que, si tienen que ponerse el capote, se lo pongan de buena gana y se honren con él. No es buen hijo quien, en caso necesario, no sabe cumplir su deber de soldado, y quien ha cumplido su deber de soldado, es siempre buen padre de familia. Creedlo, y dejad que alboroten los que no entienden estas cosas. Colgad vuestro capote á la pared, en el comedor de vuestra casa, al lado del retrato del Rey, y dejadlo allí para que vuestros hijos lo vean y lo respeten, y se enorgullecen de tener un padre que lo ha llevado y que ha hecho esa gloriosa guerra que habeis hecho vosotros. Yo apreciaba mucho mi capote de soldado, y lo he conservado con esmero, y lo tengo todavía, y cuando lo miro me palpita el corazón, y me parece que soy aún soldado; porque yo he sido soldado, ¿sabeis? Catorce años lo he sido, y ahora, al encontrarme en medio de vosotros, al hablar

con vosotros, no sé... me siento... quisiera volverme como entonces... vuestro camarada... y... mirad si lo soy en efecto... mirad.

Todos se pusieron en pié, arrojando un grito y extendiendo los brazos.

El coronel, con un rápido movimiento, se había quitado el leviton y había quedado con su viejo capote de soldado, estrecho, raído, de paño gris muy claro, manchado en todas partes por la lluvia y el uso; llevaba al pecho cinco medallas. Aquella acción había sido ejecutada con una viveza tan pronta y espontánea y acompañada con una sonrisa tan ingénuo y modesta, que hubiera enternecido hasta aquellos que, no conociendo al buen coronel, hubiesen sospechado que había algo de ostentación y alarde en aquel entusiasmo juvenil.

Si no hubiesen estado á la mesa, los soldados entusiasmados, se le hubieran echado encima.

—¡A la salud de mis buenos soldados!, gritó el coronel levantando la copa.—¡A vuestra salud!, repitieron los campesinos tocando los vasos de los soldados, y los soldados contestaron: ¡á la vuestra!

Un cazador hizo señal de querer hablar. Todos callaron.

—Ahora... dijo con voz insegura, teniendo una mano sobre el pecho, y tomando con la otra la copa, ahora beberemos á la salud del señor coronel, á quien debemos dar gracias por la bondad que ha tenido de convidarnos, y bien se vé que estima á los soldados, y

tanto más, cuanto que nosotros no tenemos siquiera el honor de conocerlo personalmente, y por ello se puede comprender el buen corazón que tiene, como si fuese nuestro padre, y nosotros sus hijos, y por esto bebemos á su salud.

Todos se levantaron.

—Un momento... y decirle que jamás olvidaremos este feliz día, que es una de las mejores satisfacciones que produce el haber servido al rey, y recordaremos los buenos consejos que nos ha dado, que son muy prudentes y oportunos, y todos debemos tenerlos presentes é imitar su ejemplo, que despues de tantos años conserva aún el capote de soldado, que es una cosa que le honra á él, y nos enorgullece á nosotros. ¡Bebamos, pues, á su salud y que viva el señor coronel que tan bueno es para los soldados!

—¡Vival! gritaron todos con entusiasmo.

—¡Viva el Rey! es lo que habeis de gritar, exclamó el coronel.

Todos contestaron: ¡Viva el rey!

—Señor coronel, ahí está el rey, gritó una mujer que llegaba corriendo.

Los soldados se levantaron impetuosamente de la mesa, arrojando al suelo sillas y bancos, y se precipitaron hácia la salida. El rey apareció en aquel momento bajo el emparrado, á caballo; en traje de caza. Todos quedaron asombrados por un instante, y despues, todos juntos, como de concierto, repitieron con gran fervor: ¡Viva el rey!

El rey saludó, y miró alrededor sorprendido.

Todos callaron.

—¿Cómo están aquí todos estos soldados? preguntó sonriendo.

Ninguno se atrevía á hablar. Un soldado se adelantó y dijo con desenvuelta vivacidad:

—Yo diré lo que ha pasado, señor; todos nosotros somos soldados licenciados; este es el señor coronel retirado, que se ha puesto el capote para estar con nosotros; estos son los novios, y ahora se estaba celebrando la comida de boda, y nosotros hemos sido convidados por el señor coronel.

Dicho esto, tendió alrededor una mirada triunfal, como diciendo:—Ved si sé yo de qué manera se habla á los reyes.

El rey sonrió, preguntó al coronel su nombre, miró la quinta, las banderas, los novios, los soldados, y despues dijo:

—¡Bravo! me gusta ver á los soldados contentos... ¡Bravo!... ¿habeis hecho todos la guerra?

—Todos, respondieron los soldados á la vez.

—Señor, gritó uno de ellos, descubriéndose un brazo hasta el codo y señalando una cicatriz, esta es de la Cernaya.

—Esta es de Palestro, señor, gritó otro señalando una cicatriz que tenía en la frente.

—Y esta de San Martino, gritó un tercero, mostrando una mano, á la que faltaban dos dedos.

—¡Valientes muchachos! respondió el rey con voz conmovida: la mano, todos.

Los soldados arrojaron un grito de alegría, se agruparon en torno del caballo, y estrecharon uno tras otro la mano del rey; el último fué César.

—¡Gallardo mozo! dijo el rey; todas las campesinas miraron á Luisa. Luisa sonrió y se estremeció.

—¿Y vos, coronel? preguntó el rey despues que hubo estrechado la mano á todos los soldados.

El coronel, que había permanecido hasta entonces aparte, inmóvil como una estatua, se adelantó con la boca abierta y los ojos relucientes de lágrimas, y estrechó la mano al rey.

—Mañana vendreis á almorzar conmigo en Valdieri; ¿no es verdad?—El coronel no pudo responder. Hizo señal afirmativa con la cabeza y miró al rey con ojos asombrados.

—Señor, gritó un cazador acercándose, pido una gracia á Vuestra Magestad.

—¿Cuál?

—Esta, contestó el soldado, y le dió una copa de vino.

—El rey bebió.

—¡Viva el rey! gritaron todos, y la gente que se había reunido en el prado y en la carretera, repitió: ¡Viva el rey!

—Señor coronel, dispense... dijo el cazador, cogiendo la copa vacía y guardándola en la faldriquera: todos rieron.

—¿Qué significan aquellas banderas allá abajo? preguntó el rey señalando hácia los linderos de la posesion.

Un soldado se lo explicó.

—¡Adios muchachos! buenas tardes: coronel, hasta mañana.

Dicho esto, volvió el caballo, y partió á galope.

Todos echaron á correr detrás, victoreándole.

*
*
*

Una hora despues, era casi de noche. El prado estaba enteramente iluminado con farolillos de papel. Una multitud de campesinos, hombres y mujeres, mezclados con los militares, iban y venian por el prado y la carretera, moviendo festiva algazara. Comenzaban á oirse los acordes de las flautas y violines.

—¿No se comienza el baile? preguntó el coronel á los novios.

César se volvía para responderle, cuando se presentó delante un muchacho, todo asombrado, que quería decirle algo y no podía articular palabra.

—¿Qué pasa? preguntaron Luisa y César casi asustados.

—¿Qué ha ocurrido?

—Habla.

—Es que las banderitas que yo había puesto en los linderos de la posesion, no están ya allí.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿dónde están, pues?

—Se las han llevado media milla más allá, á la otra colina...

—¿Y quien las ha hecho cambiar?

—Adivínadlo.

—¿Quien?

—El Rey.

—Ya estais ricos, dijo una campesina á los novios.

—¡Música!—gritó el coronel con voz temblorosa.

La música comenzó. Todos acudieron á bailar. Luisa y César permanecieron inmóviles.

—¿Y vosotros?—preguntó el coronel, más aturdi-do que ellos.

Pusiéronse tambien á bailar los novios.

No habian hecho cuatro pasos, cuando César arrojó un grito. La música cesó, y todos se agruparon en torno de él:—¿Qué es? ¿qué ha pasado?

—Se ha desmayado Luisa en mis brazos, contestó César, sosteniéndola para que no cayese en tierra.

El coronel se aproximó á Luisa y la llamó por su nombre.

Luisa abrió los ojos, miró en torno, exhaló un suspiro, y sonrió.

—¡Ah! no es nada, exclamó César tranquilizándose.

—Ha sido el exceso de la alegría, añadió el coronel. ¡Música!

Y se pusieron de nuevo á bailar.

*
* *

Dos horas después el prado estaba desierto y silencioso.—Acá y allá, entre las ramas de los árboles, resplandecía alguna lucecita. Todas las ventanas de la quinta estaban cerradas, excepto una, la del medio, abierta é iluminada. Veíase allí á alguien, que estaba sentado, con los brazos cruzados sobre el alfeizar y la cabeza apoyada en los brazos. Era el coronel.

Soplaba un fresco vientecillo de otoño, que hacía caer las hojas de los castaños. La bandera enarbolada en la ventana, moviéndose de vez en cuando, iba á rozar la cabeza del anciano. El cielo estaba estrellado y límpido. A lo lejos, en el fondo del valle, se oía un canto confuso de muchas voces, que iban apagándose; eran los soldados que volvian á sus casas.

De repente, una de las ventanas del piso bajo se iluminó, y pasaron dos sombras. Después, oscurecióse de nuevo.